Pensoneles

REMINISCENCIAS.



«Doioroso es que los españoles nos destruyamos así unos á otros sin motivo que pueda justificarlo.»

Marques de Valde-Espina; en la proclama que desde el cuartel general de Deusto dirigió à los bilbainos el 31 de Marzo de 1874.

nez años escasos tenía yo cuando la ocurrencia de nuestro bombardeo. A partir del 21 de Febrero apenas salí del estrecho recinto de la calle de la Cruz y sus colindantes hasta el día 2 de Mayo, en que desayunado con pan blanco como riquísimo pastel, fuí á presenciar desde un banco del Archal y sobre él empinado, la triunfante entrada del maltrecho ejército libertador.

En los más recónditos senos de mi conciencia aparece el bombardeo como edad heroica y remotísima, confinante con las nieblas de mi prehistoria, y los carlistas, como vagas reminiscencias fósiles, mamutes y mastodontes de esta mi edad genesiaca. Pues conviene á saber que yo nunca he visto un carlista, quiero decir, un soldado de S. pretendiente M. en uniforme de beligerante, sino representado en los santos ó figuras, cromos que ilustran las cajas de fósforos. Digo mal, con un largo cataléjo vi á uno que abría un foso en el alto de Quintana, y cuyos botones de metal dorado refulgían al sol.

Surgen del mal apiñado montoncillo de mis casi borrados recuerdos para ocurrir á mi mente los de aquel tiempo feliz. Feliz le llamo y no retiro la palabra; ¡dichoso periodo en que no hubo escuela!

Organizaba yo en la oscura y lóbrega lonja ejércitos de pajaritas de papel, ejércitos que se batían en pró de sendos ideales, en campo alumbrado por un trozito de cerilla dentro de una preparada jaula de grillo, artefacto que hacía de luz eléctrica.

¡Que aspecto ofrecía la villa! Era curiosísimo de ver, por lo insólito y pintoresco, todo aquel blindaje de tablones, sacos y cueros, y el ingente aparato de vigas con que apuntalaban las casas. Al sonar de la campana, y del cuerno luego, nos tendíamos á tierra para esperar anhelantes y pegados á ella el efecto lógico de aquellos ferreos argumentos de á cien libras.

Daban solemnidad al espectáculo los venerables chimberos que paseaban las calles con majestuoso porte. ["2 de Mayo". - Publicroim dedicade por la
societad bilbeina

"El Sitio" "a commense
ver el levantamiento del
iltimo asetro sufrido
por la invicta villa de
Bilbeo. - 1874. - 13º a
niversario - 1887"]

O, C. tomo X





De los hacinados escombros sacábamos proyectiles de pedrea. Las hubo famosísimas á raíz de nuestro bombardeo, que con motivo de rivalidades de un poco más acá ó un poco más allá del cantón fronterizo, se trababan entre los muchachos de una calle y los de otra, azuzados por el prurito guerrero que les escocia, herencia de nuestros progenitores, amasados en el duro molde de la bárbara batalla por la vida. Tirios los unos, los otros Troyanos, si estos se hubieran pasado al Tirio, habríanse aquellos vuelto Troyanos; ley de la guerra.

A través de un prisma de cristal, despojo de una destrozada araña del vecino templo de los Santos Juanes, recuerdo que veía la calle y sus contornos en su nuevo y pintoresco aspecto, orlados con la irisada

aureola.

En un respiro que nos dieron hubo colegio, y allí eran de oir los discretos juicios y opuestas noticias que cada cual aportaba al común acervo. Unos se jactaban de vivir en casa, á donde habían caído siete ú ocho bombas; tal había, que con sus propios y mismisimos ojos de la cara vió reventar más de cuatro; quienes, que sabían de buena tinta, cómo los carlistas, á guisa de laboriosos topos, tenían hecho por debajo de la villa un grandisimo túnel subterránco contiguo á las alcantarillas, y que cuando menos se pensase, surgirían del suelo como por ensalmo armados hasta los dientes. Aseguraban éstos que muy pronto inundarían nuestras calles cual desenfrenada avalancha y otros les recordaban con desdén aquellos espantables caballos de frisa que guarnecían la barricada de la Muerte, y las mágicas columnitas de humo, que desde Miravilla se vislumbraban, al decir de las gentes. Hubo quien sintió al mundo tambalearse una noche sobre sus goznes al estrepitoso estampido de una bomba, á lo que replicaban los menos aprensivos que iban éstas perdiendo su virtud, y al caer se quebraban contra el empedrado, defecto que no lo remediarían ya ni con el supremo recurso de untarlas con un poquillo de saliva. Se recordaba también la sensible desgracia de dona Petra. Y ¿qué dire de aquellas maravillas de que





una bomba atravesara la mesa en que cenaban varios dejándoles ilesos, de la que mató al capellán con la cabeza del santo, de la que respetó el sueño del angelito que dormía en su cuna, y de otras cien y cien, á cual más portentosas y dignas de recordación? Decían de uno, que una bomba le llevó el cigarrillo, y de otro, que cogiéndola con sus manos como á ligerísima pluma, de un salivazo le apagó la espoleta. «¡Callate, trolero! ¿crees que somos inosentes ó qué...?» decian los incrédulos; pero los demás, encantados con el giro mítico, nos crecíamos al vernos testigos y hasta actores de comparsa de tan estupenda tragi-comedia.

Así gozábamos en la inocencia los chicos, mientras los grandes se destruían, no guiados por un ideal en su mayoría, sino arrastrados por un fatal instinto, triste producto de evolución incoercible, que se apega á la masa humana al brotar el germen con trabajosa labor.

Todo esto pasó y me queda solo en la mente el rastrojo informe de sus recuerdos, el vaho que de tales memorias se levanta, y del cual se nutre mi pensamiento, como de los vapores del mantillo en que se convirtieron las mustias hojas del Otoño, sorben su jugo las nuevas hojas y flores primaverales que verdecen al Sol.

MIGUEL DE UNAMUNO.

En Bilbao, Marzo de 1887.

